



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8987

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 14'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirige al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette 66, Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CALLE MAYOR 24.—

MIRCOLES 14 DE OCTUBRE DE 1891.

LAS DENUNCIAS DE LOS TRATADOS DE COMERCIO.

Desde que en Europa impera el régimen de los tratados, jamás se ha conocido situación semejante á la de ahora. Casi todos los convenios están denunciados, y en fin de 1892 quedarán todas las naciones principales desligadas unas de otras, sin con anterioridad no se renuevan los tratados.

Hasta la fecha los tratados de comercio denunciados, son los siguientes:

El de Alemania con Suiza, del 1.º de febrero de 1883, con su convenio adicional del 1.º de febrero de 1887.

El de Austria-Hungría con Suiza, del 1.º de febrero de 1883.

Los de España con Austria-Hungría, de 1880, prorrogado en 1887; con Bélgica, de 1878, prorrogado en 1887; con Alemania, de 1883, prorrogado en 1886; con Inglaterra, de 1886; con Italia, de 1888; con los Países Bajos, de 1887; con Suecia y Noruega, de 1883, prorrogado en 1887, y con Suiza, de 1883, prorrogado en 1887.

En cuanto á Francia, ha denunciado sus tratados con Bélgica, de 1881; España, de 1.º de febrero de 1882; Países Bajos, de 1884; Portugal, de 1881; Suecia y Noruega, de 1881, y Suiza, de 1881. Portugal tiene denunciados los suyos con Suiza, de 1873, y con Alemania, de 1872.

Suiza ha hecho lo propio con el que celebró con Italia en 1889.

A consecuencia de la denuncia, todos estos tratados suran todavía hasta 1.º de febrero de 1892, á excepción de los siguientes:

Suiza y Austria, que espiran en 1.º de febrero de 1892.

España e Inglaterra, y España y Países Bajos, en 30 de junio de 1892.

Rumanía ha denunciado sus tratados con Alemania, de 1887; Bélgica, de 1880; Inglaterra, de 1880; 1886; Italia, de 1878, y Suiza, de 1886.

Estos tratados son valederos hasta el 10 de julio de 1892.

Servia tiene denunciado el suyo con Inglaterra, de 1890, prorrogándose hasta el 13 de Enero de 1893.

Hasta aquí los tratados denunciados. Veámos ahora los que no han sido denunciados.

Austria-Hungría con Servia, valedero hasta el 16 de Septiembre de 1892.

Alemania con Grecia, hasta 4 de marzo de 1895.

Alemania con Italia, firmado en 1883 y prorrogado indefinidamente en 1.º de febrero de 1891, pudiendo denunciarse siempre con un año de anticipación.

Francia con Austria, de 1884, pudiendo denunciarse con seis meses de anticipación.

Francia con Suiza, lo propio que el anterior, pero con un año de anticipación.

Italia y Austria, vigente hasta fin de 1892 y prorrogable hasta 1897.

Desdichadísimos son para la industria en general estos cambios en el régimen arancelario, y si por desgracia no fuese posible renovar los tratados sobre bases idénticas á los que están espirando, serán cuantiosísimas las pérdidas de capitales que Europa habrá de sufrir.

VARIETADES

LA CARTERA

Por la carretera, por la hermosa carretera blanca en que la lluvia bienhechora ha abatido el polvo y hecho reverdecer las hierbas de la orilla, por la hermosa carretera normanda, rodeada de prados infinitos desde los cuales saldan con dulces mugidos buyes enormes, marcha hacia el pueblo cercano el buen Jouvin, que á la hora del alba abandonó á los cuidados de su hermano Luis la hacienda desierta y en plena vida.

Con su fisonomía vivaracha y el andar acompasado, trajecto con la blusa dominguera, que la brisa matinal infla, el campeon se apresuró para llegar temprano al bufete del Sr. Robbe, el notario de Mauves.

A la espalda lleva la vieja cartera asendereada por muchos años de buenos servicios, y en ella los diez mil francos mediante los que van á convertirse los hermanos Jouvin en propietarios de los prados de la Sainlé, anhelados locamente durante largo tiempo.

Dos horas lleva de marcha. El camino es largo.

Por fin, en un recodo, aparecen relucientes bajo el sol, y entre la verdura de los campos, los primeros techos de Mauves. Ya se ve la casa del notario.

Nadie discurre por la calle empinada.

Las mujeres en la cocina y los hombres en el campo.

En la serena tranquilidad de la mañana, el carro de la basura pone alguna animación en el pueblo dormido, rechinando sobre los ejes, al paso vacilante del caballo, que casi se duerme entre las lanzas al descender pausadamente por la cuesta que Jouvin sube fatigosamente y absorto en la codiciosa contemplación de aquella inacabable verdura.

Y se detiene para justipreciarla, á fuer de hombre avezado á tales matemáticas.

Peró todo llega, y él llega también á casa del notario. Mas al aproximarse á la puerta palidece. Sofocado por la angustia, tiene que apoyarse en la pared... Las piernas le tiemblan... No lleva sobre la espalda la vieja cartera asendereada por muchos años de buenos servicios...

Hasta qué persuadirse de la desgracia: el buen Jouvin había perdido la cartera.

Reflexionó. A nadie había encontrado en el camino. No había contado su desventura.

para no perder la esperanza de encontrarla.

Volvió sobre sus pasos, y lenta, minuciosamente, hierba por hierba, piedra por piedra, rebuscó con ojos escrutadores y ansiosos... Al buscar, meditaba. Llevaba la cartera sujeta á la cintura por una tira de cuero tan gastada, que hubo de recordarla antes de emprender la caminata... El cuero había cedido por el peso, ¡cuatro mil francos en oro!... Mas cómo no sintió el ruido de los luis al caer?... Es que cayó sin duda alguna sobre las yerbas que bordeaban el camino... ¡Un recuerdo! En un recodo del camino la verdura le había convidado al reposo... Allí, recontra, debió de caerse el tesoro... Y allí había caído, allí se veía claramente su huella; pero la cartera no estaba...

Volvióse á Mauves, y sin entrar en casa del notario, buscó al progenitor del pueblo, para que, á todo batir del tambor, anunciase la pérdida y prometiera albricias por el hallazgo... Una enorme recompensa... ¡DOS MIL FRANCOS, quizás! Su desgracia corrió de boca en boca.

Era día de mercado, y la noticia corrió como la cizaña.

Todos compadecían al perdidoso y envidiaban al afortunado descubridor.

Abatido y foscó, restituyese á su casa Jouvin, y sin olvidar un detalle, contó cien veces la historia á su hermano Luis, que le escuchaba espantado, pero sin aventurar un reproche que le vedaba su ciega admiración por aquél. Nada dijo; nunca había dicho nada. Solo se permitió al anochecer marcharse á Mauves en busca de noticias.

Al día siguiente, de madrugada, acudió Luis á despertar á su hermano.

—¿Cuánto le daremos al que nos la devuelva?

—¿La cartera! ¿Sabes dónde está?

—Contesta. ¿Cuánto le daremos?

—MIL FRANCOS, si, MIL FRANCOS.

—¿Lo oyes bien?

—Es demasiado, pero tú sabes lo que haces. Escucha.

Y Luis contó que la noche antes había oído en el café que el basurero de Mauves había encontrado en la carretera una vieja cartera que la había arrojado con desprecio entre las inmundicias que acarrea.

—¿Dónde vive?

—Allá bajo, en el valle. A dos tiros de fusil.

—Vamos, Luis, enseguida. ¡Ah! Y si es verdad, si es la nuestra, daremos á ese honrado basurero... OCHOCIENTOS FRANCOS por su noble acción.

Por el camino el viejo Jouvin meditaba...

—Sabes que el basurero es honrado... El dinero en billetes y en oro... Si no hubiera dicho nada, ¿quién podía probar que era la nuestra?

—Seguramente, añadía, que merece una recompensa: Su honradez bien merece... «trescientos francos.»

—Es cierto. Mira allí está la cartera, al pie del bosque. Corramos

á su encuentro. No esperará nuestra visita...

—¡Oh! Hoy será un buen día para él. Porque no me desdigo. Su nobleza merece una recompensa de... «cien francos» ¡Qué negocio para él! Pero lo merece.

—Es cierto, contestaba el humilde Luis.

Sentado sobre un banco de madera, tomando el sol en la espalda, el basurero les veía acercarse...

—¿Una cartera vieja?—se apresuró á contestar; ahí está...

Precipitaronse sobre ella los Jouvin. Estaba intacta: ni una moneda faltaba. Tal como la había recogido en el camino, la había echado con la basura y el estiércol del carro. Bien se conocía, porque no había por dónde cojerla... Cuando el mayor de los hermanos se convenció de que el tesoro estaba completo, gritó indignado:

—Mira, Luis. ¿Qué te parece ese villano asqueroso?

El pobre basurero procuraba disculparse. El creyó que aquello no valía nada, que era un desecho. Pero cuanto más se humillaba, más se indignaba el otro.

—Esto es repugnante. Vámonos, Luis, que siento que la sangre se me agolpa, y voy á maltratar á ese hombre inhumano... ¡COCHINO!... Y se marcharon.

CACTHIER VILLAN.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

MASCARA.

CHARADA

—¿Me dos tres aquellas gentes?

—No cuatro segunda tercia, que dos tres primera todo, por el gran traje que lleva.

La solución en el número próximo.

EFEMERIDES.

1844.—D. Pedro IV manda publicar el libro de ceremonias de la casa Real de Aragón.

1741.—Fusilamiento del General León.

DE TODO Y DE TODAS PARTES

El czar de Rusia, á pesar de las esperanzas bélicas que en él cifran sus vasallos y más aún los patriotas franceses, es un ser de temperamento eminentemente pacífico.

Un día exclamaba delante de varios generales: «El recuerdo de la más hermosa victoria se borra pronto de mi espíritu cuando imagino ver un convoy de heridos.»

Alejandro III se casó con la princesa Dagmar de Dinamarca, por obedecer los deseos manifestados por un hermano mayor antes de morir. El gran duque heredero, que se extinguió prematuramente en Nižni; logó á «su amado Alejandro», según él le llamaba, al propio tiempo que la corona, una carta muy expresiva, en la cual le rogaba que adarase á la princesa Dag-

mar con el sentimiento que él la había adorado en vida.

Alejandro andaba rehacio en cumplir el ruego de su difunto hermano; pero un día, el gran duque Wladimiro, le llamó á capítulo diciéndole: «Si no atiendes la súplica de nuestro hermano Nicolás, iré yo en su nombre á pedir la mano de la que fué su prometida.»

Tales palabras sacaron de sus indecisiones al buen Alejandro, en términos que algún tiempo después se presentó en Charlottemburgo, residencia de la familia real de Dinamarca. Una vez allí procuró hablar á solas con la princesa Dagmar y le mostró tembloroso la carta que un día recibiera de su moribundo hermano; la princesa la leyó con el natural sonrojo, contestando al entonces gran duque; «también yo tengo una carta de Nicolás en que me rogaba que á su muerte fuese vuestra esposa.»

Y, con efecto, la princesa subió á su cuarto, sacó del «secretaire» el documento y volvió con él ante Alejandro.

Al poco tiempo celebraba sus bodas con el czar actual de todas las Rusias.

¿Quiéren ustedes saber lo que pesa una mosca?

Pues escuchen lo que dice un hombre, que por lo visto debe ser el hombre más cachasudo del universo.

Ciento cuarenta mil pesan un kilogramo.

Una pesa próximamente siete milésimas de gramo.

Con el título de «El Ingenio de Alfonso Kar», acababa de publicarse en París un libro magníficamente editado, como tributo póstumo que sus admiradores rinden al extraño escritor, el cual, si no merece la fama de gran pensador que le dan sus devotos, fue seguramente uno de los ingenios privilegiados y más característicos de la literatura francesa.

Para cerrar esta nota allá van dos pensamientos de Kar:

—El número de escritores es ya indefinible é irá aumentando siempre, porque ese y el arte de gobernar son los únicos oficios que se emprenden sin haberlos estudiado.

—Es un error el comparar á las mujeres con las flores. Siempre habrá entre ellas esta diferencia: las flores son bellas; pero no lo saben.

La llegada del vapor «Espiegle» á Inglaterra ha permitido adquirir algunos informes acerca del tesoro del difunto expresidente de la República de Chile, Sr. Balmaceda.

Según parece, el Capitán Clark recibió orden telegráfica, durante su estancia en Coronel, de prepararse para transportar algunas horas después lingotes de plata.

Estos llegaron, en efecto, de Santiago, por el ferrocarril, custodiados por una escolta al mando de un oficial.

Eran 338 lingotes, equivalentes á 110.000 libras esterlinas, y fueron depositados por los marineros en el «Espiegle», que salió de allí el 21

Handwritten signature or note at the bottom of the page.